



HACER DE OAXACA UNA CIUDAD SUSTENTABLE

XIII

Tenemos que hacer una reflexión sobre la evolución y el futuro de las ciudades. No es un tema menor: el modo de vida urbano se generaliza con rapidez en el estado, el país y el planeta, a partir del paradigma de la modernidad de que las ciudades son la culminación de la historia y van a estar por siempre.

Esta es una percepción descabellada. Las grandes ciudades, como ahora lo es Oaxaca, son drásticamente insustentables, y de seguir las pautas actuales sucumbirán más temprano que tarde en una catástrofe ecológica y social. Así lo sugerimos en este capítulo, que retoma la brillante tesis del ecologista y poeta estadounidense Wendel Berry, agudo crítico de la sociedad industrial.

“... ese amontonadero de barrios, pueblos y ciudades que se abrazan y hacen una unidad descomunal”

Alejandro Aura

Oaxaca crece día con día. Construcciones nuevas aparecen en todas partes de la noche a la mañana, zonas de siembra contiguas a la ciudad son de pronto convertidas en “unidades habitacionales”, comunidades vecinas amanecen un día cualquiera como municipios *conurbados*. Vamos en camino de ser una ciudad grande, sin duda, pero aún estamos a tiempo de evitarlo y de corregir los problemas de gran ciudad que ya venimos padeciendo desde hace algunos años, como por ejemplo la falta de agua, el tráfico caótico y excesivo, la contaminación (ya tenemos hasta lluvia ácida), la creciente delincuencia, la inmigración del campo, la especulación inmobiliaria.

En sus orígenes las ciudades eran sitios en los que se unían el trabajo, la vivienda, la cultura y el ocio; las libertades y oportunidades que ofrecían dieron lugar a un importante florecimiento de las artes y las ciencias. Sus dimensiones eran manejables y la vida en ellas era estimulante, con espacios públicos de reunión que favorecían la convivencia y las relaciones sociales. Oaxaca todavía conserva varias de estas características, pero se entretrejen peligrosamente con otras que amenazan con el colapso a las enormes ciudades modernas.

VISTA DE LA CIUDAD Y EL VALLE GRANDE DE OAXACA (DETALLE).

OLEO DE JOSÉ MARÍA VELASCO, 1884.

Hasta hace poco, Oaxaca fue una ciudad sustentable y convivial. Estaba en equilibrio con su entorno y propiciaba la convivencia creativa de sus habitantes. Puede volver a serlo, si modificamos la relación social con el agua.

Estamos en un momento clave en el que todavía podemos elegir qué tipo de ciudad queremos. Las megaciudades no son sustentables, son en realidad un factor de destrucción de tierras y culturas. Tendemos a pensar que han existido siempre, pero son un fenómeno relativamente nuevo, apenas posterior a la Segunda Guerra Mundial, y en su versión actual representan desafíos tremendos para sostenerlas.

Una ciudad sustentable, dice Wendell Berry, académico, poeta, crítico de la cultura y la economía y agricultor estadounidense, es *una ciudad en equilibrio con su entorno natural: una ciudad que puede vivir del ingreso ecológico neto de la región que la sustenta, y que paga, a medida que se producen, todas sus deudas ecológicas y humanas*. Las ciudades actuales difícilmente cumplen con esta definición y han convertido a sus habitantes en ciudadanos subsidiados por las comunidades de las que dependen esas enormes concentraciones, ya que acaparan los recursos, consumen su agua, sus alimentos, su energía, y devuelven a cambio sólo contaminación y basura. Adicionalmente, el gobierno las subsidia al destinarles más inversión, servicios, empleos, diversiones.

Las ciudades han sido siempre un punto de atracción, por lo que constantemente llegan a ellas nuevos residentes. La mayoría son campesinos que se ven forzados a depender de la economía monetaria y migran a las ciudades en busca de empleo, pero tienen que asentarse en la periferia y en condiciones deplorables, sin un lugar apropiado para vivir, agua, etcétera, y sin oportunidad de recrear su cultura, lo que conduce a la desintegración del tejido social. Estos asentamientos tarde o temprano se incorporan a las ciudades, contribuyendo a aumentar su tamaño, de por sí gigantesco. En los centros urbanos crece también el número de personas

sin casa, niños que viven en la calle, casuchas, *ciudades perdidas*, todo ello resultado de una sociedad en decadencia.

En las megalópolis un lugar para habitar ha dejado de ser una necesidad que puede satisfacerse rentando o comprando; la especulación inmobiliaria ha convertido las casas y el suelo en una inversión, sujeta al mercado, lo que pone fuera del alcance de la mayoría la posibilidad de contar con un espacio para vivir cercano a su lugar de trabajo, y a las parejas jóvenes las aleja de sus barrios, con lo que también pierden sus lazos familiares y comunitarios.

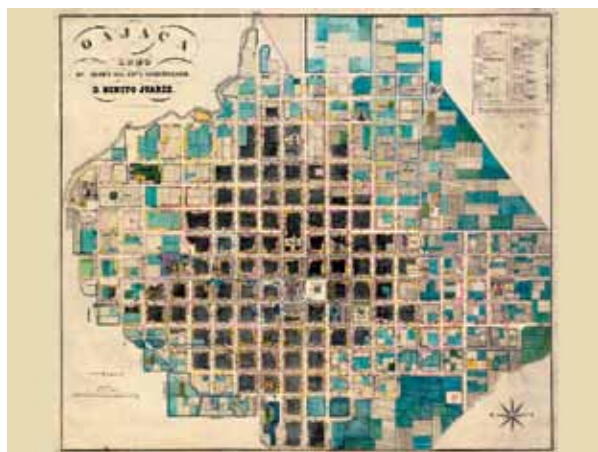
El transporte es otro problema grave de las grandes ciudades en nuestro país. Los intereses de la industria automotriz y la visión desarrollista han privilegiado el uso del transporte privado sobre el público, y la cantidad desmesurada de automóviles particulares, que a menudo sólo llevan a una persona, está asfixiando a las ciudades, metafóricamente y literalmente.

En suma, por sus dimensiones, en las ciudades grandes todo es problemático y de difícil solución: el abastecimiento de agua y energía, el transporte, la falta de espacios comunitarios, la contaminación del aire, la vivienda, el ruido excesivo, los desechos de todos tipos... y las zonas aledañas son las que tienen que pagar un costo desproporcionado para mantener el consumo de estas absurdas concentraciones.

En Oaxaca, pese a que todavía gran parte de la gente habita en comunidades rurales, no somos ajenos a la tendencia a mudarnos a las ciudades. La migración de los oaxaqueños no sólo tiene como destino el extranjero, el norte del país o la ciudad de México; en el estado las ciudades de más de 10 mil personas reúnen ya a 30 por ciento de la población: entre 1950 y 2000 la ciudad de Oaxaca creció siete por ciento al año; Salina Cruz 15 por ciento y Tuxtpec

20 por ciento. En consecuencia los municipios rurales, sobre todo en las sierras Norte y Sur, ven crecientemente disminuida su población.

Por este crecimiento descontrolado las ciudades no sólo están consumiendo irreversiblemente su patrimonio ecológico, sino destruyendo el de sus alrededores y contribuyendo al abandono del campo al concentrar los recursos excesivamente. Todo lo contrario de lo que sería una ciudad sustentable, que idealmente es aquella que logra satisfacer de manera equitativa los



requerimientos de sus habitantes sin poner en peligro la satisfacción de los de las generaciones futuras. Esto implica no sólo que sus actividades no destruyan el patrimonio ecológico en el que se sustenta, sino que todos sus ciudadanos participen en el ejercicio de sus derechos y responsabilidades. Una ciudad sustentable deberá ofrecer a sus habitantes servicios de calidad para todos, un ambiente sano, viviendas dignas y suficientes, seguridad, parques, espacios deportivos y de recreación, convivencia social intensa y fructífera, y acceso a la actividad cultural.

¿Y qué pasa con el agua? Una ciudad sustentable debe ser capaz de abastecerse de agua

sin pretender extraerla de comunidades lejanas, como se hace en la ciudad de México. La ciudad de Oaxaca depende fundamentalmente del agua de la llamada sierra de San Felipe, un 15 por ciento se toma directamente de los manantiales de San Agustín Etla, San Felipe del Agua, Donají-San Luis Beltrán y San Andrés Huayapam, y el resto de 39 pozos profundos de las riberas del Atoyac, que se alimentan de la captación de agua del valle y la misma sierra. De esta agua la mitad se desperdicia en la red, que en muchos tramos es demasiado vieja, y de lo que queda una cantidad importante se fuga en las instalaciones caseras, donde además casi 40 por ciento del agua se gasta sólo en el excusado. Por si fuera poco, a pesar de que en Oaxaca caen fuertes lluvias no se hace nada para captar sistemáticamente esa agua, que podría satisfacer las necesidades de una parte importante de la población, y no se cuidan suficientemente los bosques de la sierra, las “esponjas” naturales que permiten la recarga del subsuelo.

En la propia ciudad no se han tomado medidas para que el agua se infiltre nuevamente y se alimenten los pozos; por el contrario, el agua de lluvia se junta con las aguas sucias del drenaje, lo que implica un desperdicio absurdo, y para colmo no sólo cada vez se encementan más calles, sino que este delirio por el cemento –que sospechamos tiene fuertes ganancias para algunos– ha llegado a los pocos espacios verdes con que cuenta la ciudad, en los que innecesariamente se retiran los empedrados y se cubre el piso con capas de cemento, gruesas e impermeables, a las que después se añade una delgada laja meramente decorativa.

Por último tenemos el aspecto cultural: poco a poco hemos ido construyendo una cultura urbana donde se fomentan el individualismo, la competencia, la especialización, la desvinculación de

la naturaleza, y hemos dejado debilitarse en ella nuestras raíces rurales, comunitarias, de apoyo recíproco y de estrecha relación con lo natural. Lentamente la agresividad, el egoísmo y el exceso de regulaciones impregnan la vida ciudadana.

¿Cómo podemos lograr que Oaxaca cambie su actual rumbo al desastre y se convierta en una ciudad sustentable? Sigamos nuevamente a Wendell Berry, quien afirma que si pensamos localmente lo haremos mejor y sugiere que antes de cualquier obra, de cualquier decisión, nos preguntemos, como hacen los amish, *¿Qué le hará esto a nuestra comunidad?* Lo local es lo único que verdaderamente está a nuestro alcance y sobre lo que podemos actuar efectivamente. Los “líderes” actuales, la gente con dinero y poder, y las empresas más fuertes siempre están listos para destruir y se opondrán a la sensatez ecológica porque implica que sean sustituidos o que se afecten sus ganancias. La única posibilidad de que la sensatez prevalezca está en el trabajo y la voluntad de la gente de barrios, colonias y agencias, y en su organización para exigir a las autoridades un cambio de dirección para la ciudad.

Proponemos algunos temas de trabajo:

Reconstrucción política de los espacios urbanos: La administración de la ciudad y la zona conurbada es ineficaz, centralizada e inalcanzable para la mayoría de sus habitantes. Tenemos que encontrar formas eficaces de ejercicio político en el nivel de barrios, colonias y agencias. Sería conveniente crear un foro permanente de consulta y coordinación en el que participen las dependencias de los gobiernos federal, estatal y municipales correspondientes, las organizaciones ciudadanas y comunitarias y los centros de investigación, para revisar crítica y participati-

vamente el plan de desarrollo de los municipios conurbados e impulsar la recuperación para la gente de espacios públicos, como el centro histórico, que debería cerrarse al tránsito de vehículos, promover el uso de medios de transporte alternativos para peatones y mercancías, como bicicletas, triciclos, etcétera, promover la reorganización del transporte urbano y suburbano de pasajeros, para disminuir la contaminación por ruido y humos, hacer un “cinturón ecológico” para la ciudad y crear más áreas verdes.

Conservación del agua: A este respecto debería adoptarse el principio fundamental que regía a las civilizaciones hasta antes del auge industrial: ajustar las demandas a las limitaciones que en cantidad y tiempo imponen las condiciones climáticas y ecológicas de la cuenca en que se asientan y respetar en todas sus fases el ciclo del agua. Otras medidas pueden ser crear programas de conservación de agua, renovación y mantenimiento de las redes de distribución, campañas de ahorro y buen uso, promoción de técnicas alternativas para captar, almacenar y limpiar el agua, tarifas de cobro diferenciales, racionamiento justo y eficiente y, por supuesto, cuidar la sierra de donde recibimos el agua.

Algunas ciudades nunca podrán ser sustentables porque no cuentan con un entorno del que pueden sostenerse. No es el caso de Oaxaca... todavía. No podemos continuar con medidas coyunturales que sólo “resuelven” los problemas mientras transcurren las elecciones o se promueve algún funcionario, debemos recuperar la ciudad, nuestra ciudad, como un lugar para vivir y convivir, pagando puntual y justamente nuestras deudas con las comunidades vecinas.

Diciembre 2007

RURALIZAR LAS CIUDADES

*Tras haber asesinado a la ciudad,
es el propio coche el que asesina al coche.*

André Gorz

*Vamos a tratar de destruir las grandes ciudades y construir
otras distintas, eso ya nos llevará unos cuantos meses.*

Herbert Marcuse

El automóvil es quizás el símbolo por antonomasia de la sociedad industrial y ejemplifica la contradicción de sus herramientas e instituciones: los coches fueron inventados para dar a las personas autonomía de movimiento, pero se han convertido en una limitación al invadir los espacios de la mayoría. Permiten que algunos nos desplacemos a gran velocidad, pero a costa de paralizar a los demás e incluso a los propios automovilistas, como lo atestiguan los cada vez más frecuentes embotellamientos en casi cualquier ciudad mexicana. Asociados a nuestra noción de la buena vida y la urbanización, los automóviles han pasado a ser una causa importante de enfermedad y muerte.

Pero es el agua, sin duda, uno de los factores más críticos de la catástrofe por venir: en unas cuantas décadas, el panorama demográfico del país sufrió una profunda transformación caracterizada por el explosivo crecimiento de las ciudades, atribuible en buena medida a la inmigración, con el consiguiente doble efecto de aumento en la demanda de agua y disminución de las áreas de filtración en las cuencas donde se asientan. Por los mismos tiempos se generalizó el agua entubada, con lo que se perdió la moderación en su uso, así como el drenaje y el W.C, ese otro símbolo de modernidad, con su hedionda cauda de contaminación que hoy tiene casi muertos una buena porción de los ríos mexicanos.

No podemos, sin embargo, limitarnos a describir la crisis. En muchas ciudades todavía es posible seguir una ruta distinta, *ruralizarlas* en un triple sentido: recuperar su capacidad de infiltrar agua, producir alimentos y rehacer el tejido social. Es posible que la búsqueda de ciudades sustentables y conviviales sea un punto principal de la agenda del agua en las décadas por venir.

JJC

